

## EROS Y LA ALIMENTACIÓN EN LA REGENTA<sup>1</sup>

CARMEN FERNÁNDEZ ARIZA  
ACADÉMICA CORRESPONDIENTE

El sentido del gusto, quizá el más íntimo de nuestros cinco sentidos, ha sido tradicionalmente considerado como poco adecuado para analizarlo con una cierta seriedad quizá por demasiado físico, demasiado particular y personal. No obstante, además de proporcionar placer, comer y beber son acciones que atesoran un valor simbólico y estético en la vida de las personas e inspiran continuamente a escritores y artistas.

Manuel Vázquez Montalbán en *La cocina de Carbalho* nos plantea la gastronomía como una metáfora de la cultura. Para él comer significa matar a un ser vivo, si devoramos un animal o un planta directamente somos unos salvajes, ahora bien, si los marinamos y añadimos especias y plantas aromáticas hemos realizado una exquisita operación cultural<sup>2</sup>.

Según I. Vázquez la gastronomía es un arte que ha hecho su andadura de mano de las demás artes. La literatura, el cine, las artes plásticas y la música, en el fondo, son la misma cosa, el arte de vivir y amar la vida<sup>3</sup>.

La literatura no es sólo un fenómeno de comunicación humana y una realización artística sino que se define como una de las expresiones más completas del hombre, supone un modo especial de conocimiento y es a la vez un testimonio de la sociedad en la que surge.

Para Korsmeyer la variedad de significados que encontramos en las artes plásticas asignados al gusto, los alimentos, la comida y el apetito queda más que superada en la

<sup>1</sup> Nuestro acercamiento a la alimentación desde la óptica de la Literatura viene desde hace tiempo y nos supone un relax respecto a otras investigaciones. Pertenece a un grupo de investigación interdisciplinar financiado por la Junta de Andalucía denominado *Cultura Alimentaria España y América*. Médicos, antropólogos, historiadores, biólogos, etnobotánicos y filólogos aunamos esfuerzos alrededor de la cultura alimentaria. Llevamos ya una andadura si no larga al menos fructífera.

La comunicación que damos a la prensa tiene un antecedente y tendrá un epílogo. Nuestro primer estudio de *La Regenta* desde la perspectiva de la alimentación y el eros fue presentado en una ponencia al IV Congreso Internacional que celebró nuestro grupo de investigación en Montilla el año 2003. Por tanto lo que aquí a continuación se expone es deudor de la investigación realizada para aquel evento, que esta próxima a salir publicada bajo el patrocinio de la Universidad de Córdoba y la Diputación Provincial. Va incluido, el actual trabajo, en un corpus más amplio que tendrá un posterior capítulo acompañado de unas conclusiones que serán ya generales. Es decir ahora vamos a profundizar en tres momentos de la obra de Clarín que se desarrollan en tres espacios concretos: la cocina, al comedor y el salón amarillo de los marqueses de Vegallana donde el eros y la alimentación ocupan un lugar preeminente.

<sup>2</sup> Manuel Vázquez Montalbán, *La cocina de Carbalho*, Madrid. Alianza, 1989, p. 7.

<sup>3</sup> I. Vázquez, *Abecedario gastronómico. Paseo por la literatura y el arte*, Universidad del País Vasco, 2002, p.p. 11-12.

literatura. Dado que comer es una necesidad cotidiana, uno encuentra escenas de comida distribuidas con generosidad en las tramas de las narraciones, a veces como el centro dramático de un suceso, como el trasfondo, como un detalle accidental, o meramente implícitas. La comida sugiere esta variedad de vinculaciones simbólicas para denotar características opuestas de personajes de ficción. La atención del gusto puede indicar el refinamiento de la perfección. Los relatos pueden detallar el modo que lo alimentos nutren, curan o reconfortan<sup>4</sup>. Pero así mismo entiende Korsmeyer que la comida no sólo es placer y concordia a la hora de compartir en una mesa. En las tradiciones populares los monstruos que las habitan sólo pueden ser calmados con carne humana como el Minotauro o el dragón de San Jorge. Los vampiros se perpetúan a sí mismos chupando sangre humana e infectando a sus víctimas con su propia sed insaciable. Podemos ver la maldad de un personaje por su insistencia en que le preparen a un enemigo como almuerzo, tal es el caso de la reina mala del cuento de Blancanieves que después de hacer que conduzcan a su hijastra al bosque, manda que le traigan el corazón de la chica y se lo sirvan guisado en una bandeja dorada. Las venganzas truculentas no son exclusivas de los cuentos de hadas. Herodoto cuenta la historia de Harpago a quien se le sirvió la carne de su propio hijo; Shakespeare utilizó el mismo recurso en *Tito Andrónico*, al igual que Mario Vargas Llosa nos muestra la crueldad extrema de un canibalismo al que se llega por ignorancia en *La fiesta del Chivo*<sup>5</sup>.

Por su parte la gastronomía, cómo y qué se come y cómo y qué se deja de comer, es una de las muestras culturales que mejor define a una sociedad. Dentro de la literatura española tan fuertemente anclada en la realidad, incluso en sus expresiones más idealistas, la comida se hace presente tanto por las muestras de escasez como por las de abundancia<sup>6</sup>.

Los testimonios de la gastronomía y la alimentación en la literatura universal son abundantes, igual ocurre con los escritos hispanos. En la literatura española nos encontramos espléndidas muestras de alimentación a las que en determinadas ocasiones se le une el eros. Desde sus albores pasando por los Siglos de Oro, con una mención especial a Francisco Delicado y a Miguel de Cervantes, siguiendo el recorrido por los siglos XVIII y XIX llegaríamos a los grandes novelistas actuales Manuel Vázquez Montalbán y Manuel Vicent, muchos de ellos unen el hecho gastronómico con sugerencias eróticas. Aunque entre el abanico de posibilidades que nos da nuestra literatura hemos escogido *La Regenta* de Leopoldo Alas Clarín quisiéramos destacar dos obras de nuestra literatura en las que eros y alimentación están omnipresentes. Nos referimos a *El Libro de Buen Amor* y, sobre todo, *La Lozana Andaluza*. El primero es uno de los muchos ejemplos que da la literatura española de enlace entre gula y lujuria. Aludimos a las partes donde sobresale el deseo sexual y el hambre tales como la trova carruza de Cruz, así como el episodio de don Carnal y doña Cuaresma y sobre todo el intento de seducir a doña Garoza por parte de la Trotaconventos evocando los platos refinados que podría saborear la dama con el protagonista si dejara que la galanteara. En *La Lozana Andaluza* llama la atención la profusión de referencias a la alimentación, en tono festivo, gastronomía y metáforas sexuales van unidas<sup>7</sup>.

<sup>4</sup> Carolyn Korsmeyer, *El sentido del gusto. Comida estética y filosofía*, Paidós Barcelona, 2002, p. 249.

<sup>5</sup> *Ibidem* p. 255.

<sup>6</sup> María Antonia Corral Checa, Dolores Corral Checa, Angelina Costa Palacios, Carmen Fernández Ariza y Pilar Moraleda García, "Costumbres alimentarias en la Literatura Española: hambre y hartazgo" en *Cultura alimentaria de España y América*, Antonio Garrido Compilador, Huesca La Val de Onsera, 1995, p. 35.

<sup>7</sup> Silvia Monti, "Alimentación y metáforas alimentarias en *La Lozana Andaluza* de Francisco Delicado" en *Comer y cultura. Estudios de cultura alimentaria*, Garrido Aranda, A. (ed.), Córdoba Servicio de Publicaciones de la Universidad, 2001, pp. 253-254.

Acercarnos a *La Regenta*<sup>8</sup> quizás sea atrevido. El corpus bibliográfico generado por la obra de Clarín, los múltiples congresos, simposios y coloquios celebrados, unidos a los prestigiosos investigadores que la han analizado nos producen un determinado sonrojo el intentar entrar en su mundo. Vilanova, Alarcos Llorach, Sobejano y Botrel, entre otros, han hecho exégesis magistrales a esta joya de las letras hispánicas. Nuestra modesta aportación trata de dilucidar cómo en la sociedad vetustense del último tercio del siglo XIX el binomio eros-alimentación va, en muchos momentos, unido y configura uno de los rasgos más relevantes de la clase social aristocrática. El drama de Anita, mujer de niñez desgraciada e insatisfecha sexualmente en su madurez, lo que la abocará a crisis místicas, no es nada más que una anécdota. La de Quintanar es sólo una tesela dentro del complejo mundo creado por Clarín. Sabido es de todos que Vetusta es la gran protagonista de la novela; Ana es el punto de mira de la aburrida ciudad. Sobre ella va a caer toda la mezquindad de la clase privilegiada vetustense. Es posible que tras la derrota de esta desgraciada mujer buscaran otra pieza a la que cazar.

*La Regenta* es una obra donde las sugerencias más variadas y frecuentes son las eróticas, pero en la mayoría de los casos, no son sugerencias válidas por sí mismas, sino válidas en cuanto indicios elocuentes de algo que quedará perfectamente expreso más tarde.

Tan poderosa llega a ser la presencia del erotismo en *La Regenta* que críticos como Albert Brent deducen una frustración sexual subyacente en el propio Clarín, que sublimaría en su novela lo que en el mundo real reprimía.

Críticos como Nimetz y Rutherford han subrayado así mismo el carácter erótico que Leopoldo Alas imprime a muchos de sus personajes: así las autoprovocaciones y autorrepresiones de Saturno, la homosexualidad de Celedonio, la tendencia lésbica de Obdulia, el celestineo voyerista de Visita, la marculinidad beateril de Petronila, la lujuria puritana de la institutriz doña Camila, la fascinación de Paquito Vegallana por redimir la prostitución, la peculiaridad del marqués para quien el frío era un afrodisíaco, la mezcla de ninfa y beata que es Teresita, la agresividad erótica de Petra, la suma de ascetismo y masoquismo que hay en Ana, la impotencia de don Víctor y la estrecha comunicación entre poder y sexo en el Magistral.

El erotismo que se da en la obra se puede focalizar en cuatro núcleos principales: la religión, los lugares y objetos, el vestuario y las comidas.

La sensualidad de lo religioso es un tema obsesivo en Clarín, la torre de la catedral, las fiestas religiosas, los desfiles procesionales así como las reuniones para recibir clases de catecismo son usadas por el autor.

La atmósfera de erotismo se refleja hasta en los más mínimos detalles, como en los objetos, los muebles y los ambientes que están impregnados de un erotismo ambiental y decorativo. El salón amarillo, la cocina, el Vivero, el dormitorio de Ana, el Casino y el teatro entre otros.

En *La Regenta* encontramos muchas alusiones a la relación entre vestuario y erotismo, pero no son descripciones que podrían considerarse vulgares, son escenas sutiles, repletas de una sensualidad refinada, como todo lo que acontece en esta novela. Una de las descripciones de vestuario más sugerentes es cuando en el undécimo capítulo, Fermín describe como Teresita hace la cama y deja ver sus pantorrillas y las enaguas.

<sup>8</sup> De las múltiples ediciones que se han realizada de *La Regenta* quisiéramos destacar las de Alianza de 1983 y 1999; la de Planeta, 1963; las de Castalia, 1981, 1990; la de Cátedra, 1989; la de Óptima, 1999 y la de Akal, 1999. Nuestras referencias tomarán como base la edición de Gonzalo Sobejano, Castalia, 1981.

Nosotros centramos la atención en uno de los cuatro núcleos, el que relaciona erotismo y alimentación. Ahora bien, como se aprecia en el desarrollo de la comunicación hay un tupida red que entreteje religión, espacios, objetos y comidas todo ello cargado de sugerencias eróticas.

Uno de los aspectos sociales más importantes de la comida es su papel en la definición de una comunidad. Los que comen juntos son, en cierta medida, iguales o parecidos.

Para Carolyn Corsmeyer "Comer en compañía suele ser habitual, y aunque esta costumbre tiene lugar en el seno de grupos sociales, el mero hábito suele servir para oscurecer la presencia de la comunidad. La comida en grupo es tan familiar que rara vez sobresale en un relato como algo que merezca ser destacado, y suele ser un aspecto realista en una historia"<sup>9</sup>.

No ocurre así en *La Regenta* las once comidas, aunque no todas estén descritas con la misma amplitud, y un desayuno que se dan a lo largo de la narración tienen entidad propia. Todas ellas tendrán en común una serie de elementos eróticos ya explícitos, ya subyacentes. Enumeremos las distintas colaciones que aparecen en la narración: de una parte los almuerzos que se dan en el palacio de los Vegallana (Cap. XIII), en la casa de los Quintanar (Cap. XVIII), el de Ana y Victor en el campo (XIX), el de Mesía y los Ozores (Cap. XXIX) y el de Frígilis y el Regente, después de saber el segundo el engaño del que era objeto (Cap. XXIX); de otra, las cenas como la que homenajea a don Pompeyo (Cap. XX), la que se celebra en la casa de don Fermín entre madre e hijo (Cap. XVI), la de Nochebuena de don Pompeyo (Cap. XXIII), las dos del Vivero (Cap. XXVII y XXVIII) sin olvidarnos del sacrílego desayuno de don Fermín y Teresita. De todas las colaciones enumeradas salvo el desayuno, la cena del magistral con su madre y una de las comidas en el Vivero, los comensales pertenecen a las clases elevadas: aristocracia, clero y burguesía. No hay ningún intruso, el acto social de la comida se hace entre iguales. Recordemos a William Shakespeare cuando en la tragedia *el Mercader de Venecia* Antonio le dice al comerciante: "Compraré contigo, venderé contigo, hablaré contigo, pasearé contigo; pero no comeré contigo, ni beberé contigo, ni rezaré contigo"<sup>10</sup>.

En la ponencia que presentamos al *IV Congreso Internacional de Cultura Alimentaria* se analizaron algunos personajes que participaban en la trama de la novela y estudiamos cómo estaban configurados por el eros y la alimentación. Como nos era imposible analizar a todos ellos, ya que *La Regenta* tiene más de ochenta personajes, nos centramos en Ana, don Fermín, Álvaro Mesía, don Victor, Obdulia, Visitación y Saturnino Bermúdez. Los Ozores pertenecen a la baja aristocracia, De Pas al clero, y el don Juan vetustense al estamento político, sin embargo aunque los tres restantes no ocupan un lugar en las clases elevadas son aceptados por ellas ya sea por sus dotes culinarias y de coquetería, como es el caso de Obdulia y Visitación o por ser "el sabio oficial" de la ciudad. De ellos se realizaron eróticamente Ana, don Fermín, Álvaro, Obdulia y Visitación no así don Victor ni Saturnino.

En su momento concluimos con González Martínez que Ana, La Regenta, personaje femenino principal en la historia, contiene algunas características bastante generalizables a la posición femenina en la época; excluida de una preparación

<sup>9</sup> Carolyn Korsmeyer, *El sentido del gusto. Comida, estética y filosofía*, opus cit., p. 271.

<sup>10</sup> "I will buy you, sell will you, talk will you, wallt with you, and so following, but I will eat, with you, drink will you, nor pray with you" William Shakespeare, *The mercante of Venice*, London, Peguin Books, 1995, pp. 80. La traducción ut supra es de la autora.

adecuada, es empujada por el entorno social a un matrimonio de interés<sup>11</sup>. Sin embargo su amor al ideal y a la verdad la divide dramáticamente, al vivir como perpetuo conflicto, como tortura y autoinculpación, la sexualidad fuera del marco matrimonial y por lo tanto condenable.

La inadaptada como es llamada por Gonzalo Sobejano, es una mujer insatisfecha que a sus 27 años no ha conocido el amor aunque lleve 8 años casada. Esta siendo asediada por dos hombres fuertes y bellos y siente la falta de caricias y que sus deseos nunca han sido satisfechos.

Esbozados los personajes, por medio del eros y la alimentación, el único que sale airoso es Ana<sup>12</sup>. Sus vidas, sus anhelos, sus grandezas y sus miserias están contadas bajo el prisma irónico de Clarín que emplea metáforas, metonimias y sinestesias alimentarias. Salvo Anita, todos los personajes muestran su mezquindad a lo largo de la narración.

El personaje de don Víctor se nos presenta en el capítulo III. Allí se describen sus cuidados paternos hacia la Regenta, las miradas libidinosas que dirigía a Petra, la infiel sirvienta, su pasión por el teatro de los Siglos de Oro, su defensa del amor calderoniano y, su interés por la ornitología y la caza. De su impotencia sabremos en el capítulo XXIX. Es, a nuestro juicio, el personaje más dañino de la novela porque Anita, en su dormitorio, arde en deseos de ser madre y esposa, Será el responsable del triste y desgraciado final de la protagonista. En la situación de soledad en la que se encuentra la de Quintanar aparece el bello y elegante don Álvaro, galán en decadencia que representa a la política liberal.

Como espacio y tiempo novelescos junto a religiosidad, vestuario y objetos son elementos imprescindibles para la estructuración del relato, pasemos a describir la cocina, el salón amarillo y el comedor del palacio de los marqueses donde eros y alimentación van a ir estrechamente unidos.

En el palacio de los Vegallana las dos actividades principales eran comer y flirtear y ambas estaban relacionadas estrechamente, ya que los banquetes tienen algo de bacanal y los momentos eróticos son frecuentemente narrados en términos gastronómicos. De todo el palacio de los marqueses tres espacios reclaman nuestra atención: la cocina, el comedor y el salón amarillo.

Especial interés tiene para nosotros la cocina de los Vegallana descrita a lo largo del capítulo VIII. Nos muestra, de un lado, el poder caciquil del aristócrata y de otro, que era un lugar de juegos eróticos.

El laboratorio gastronómico del “cacique honorario” tenía la cocina y despensa mejor acondicionadas de Vetusta:

“El ajuar de la cocina rico, ostentoso despedía rayos desde todas las paredes, sobre el hogar, sobre mesas y arcones, era digno de la despensa”<sup>13</sup>.

El poder de la aristocrática familia se reflejaba en los múltiples y distintos alimentos que allí se almacenaban, piezas de caza, pesca, cereales y frutas.

“Pedro, el cocinero y Colás, su pinche preparaban la comida ordinaria y parecía que se trataba de un banquete. [...] Liebres, conejos, perdices, arceas, salmones truchas, capones,

<sup>11</sup> Pilar González Martínez, “Prohibiciones y goce: el objeto-alimento en *La Regenta* de L. A. Clarín en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 84, octubre 1998, p. 148.

<sup>12</sup> En la ya aludida ponencia al *IV Congreso de Cultura Alimentaria*, que publicará próximamente la Diputación Provincial de Córdoba y el Excmo. Ayuntamiento de Córdoba, se definen a los personajes por medio de la cultura alimentaria.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 321, I.

gallinas acudían mal de su grado a la cocina del Marqués, como convocados a una nueva Arca de Noé, en trance de diluvio universal. A todas horas de día y de noche, en alguna parte de la provincia se estaban preparando las provisiones de la mesa de Vegallana”<sup>14</sup>.

El personal que asistía la cocina estaba compuesto por Pedro, el cocinero, Colás, el pinche, y dos jovencísimas criadas. Tenían una dedicación exclusiva. Mostremos a Pedro según la óptica de Clarín:

“...altivo, displicente, ordenaba todo aquello con voz imperiosa, mandaba allí como un tirano. Comía lo mejor; mantenía las tradiciones de la disciplina culinaria; vigilaba el servicio del comedor desde lejos, pues no era un cocinero vulgar [...]. No era viejo. Tenía cuarenta años muy bien cuidados, amaba mucho, y se creía un lechuguino, en la esfera propia de su cargo, cuando dejaba el mandil y se vestía de señorito”<sup>15</sup>.

Él sabía la gran influencia que ejercía su trabajo. Era “el capitán general” de sus dominios. Pedro era un gran misógino y lo muestra en sus fogones:

“Él amaba a la mujer, a todas las mujeres, pero no creía en sus cualidades culinarias; otro era su destino. La cocina y la mujer son términos antitéticos, palabra que había aprendido en sus cucuruchos de papel impreso. La libertad y el gobierno son antitéticos, había leído en un periódico rojo, y aplicaba la frase a la cocina y a la mujer. Lo que pensaba toda Vetusta de las literatas lo pensaba Pedro de las cocineras. Las llamaba marimachos”<sup>16</sup>.

Colás era “un pinche de vocación decidida, colorado y vivo, de ojos maliciosos y manos listas”<sup>17</sup>.

En estos dominios entran Visitación y Obdulia a preparar una merienda. No podían guisar en su casa porque en la cocina de la primera no se podía hacer nada: “el pícaro humo, el horno estrecho”<sup>18</sup>. Además de estar mal abastecida, razón por la que sustraía de la del marqués azafrán y té. Es lógico que las dos coquetas mujeres empleen sus artes seductoras en este mundo de hombres que es la cocina de palacio:

“Cuando Obdulia, picada por la frialdad del altivo cocinero, comenzó a seducirle con miradas de medio minuto y algún choque involuntario. Pedro se rindió, y de rato en rato, daba algunos toques de maestro a la merienda de Visita”<sup>19</sup>.

“Obdulia [...] ahora vino en otorgar subrepticios favores al cocinero de los Vegallana con miradas ardientes como al descuido al oír una luminosa teoría sobre la grasa del cerdo; un apretón de manos, al parecer casual al remover una masa misma, al meter los dedos en el mismo recipiente, v. gr. un perol. El cocinero estuvo a punto de caer de espalda, de puro goce, cuando, por motivo del punto que le convenía al dulce de melocotón, Obdulia se acercó al dignísimo Pedro y sonriendo le metió en la boca la misma cucharilla que ella acababa de tocar con sus labios de rubí ( este rubí es del cocinero)”<sup>20</sup>.

“Al personaje del mandil se le apareció en lontananza la conquista de aquella señora como una recompensa final, digna de una vida entera consagrada a salpimentar la comida de tantos caballeros y damas, que gracias a él habían encontrado más fácil y provocativo el camino de los dulces y sustanciales amores”<sup>21</sup>.

Detrás de las dos mujeres, el día de la preparación de la merienda entran en la cocina Paquito Vegallana y Mesía:

<sup>14</sup> *Ibíd.*, pp. 321-322, I.

<sup>15</sup> *Ibíd.*, p. 323, I.

<sup>16</sup> *Ibíd.*, p. 322, I.

<sup>17</sup> *Ibíd.*, p. 322, I.

<sup>18</sup> *Ibíd.*, p. 317, I.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, p. 322, I.

<sup>20</sup> *Ibíd.*, p. 323, I.

<sup>21</sup> *Ibíd.*, p. 323, I.

“La conversación de metafísica erótica que Mesía acababan de dejar no le permitía, al principio participar en aquel entusiasmo gastronómico y culinario a que estaban entregadas las damas. Verdad es que la hora de comer se acercaba y aquellos olores excitaban el apetito. Pero el ideal no come. Mesía gozaba del arte supremo de entrar en carboneras, cocinas y hasta molinos, sin coger tiznes, grasa, ni harina. Estaba en la cocina del Marqués como en el salón amarillo, a sus anchas y sin tropezar con nada”<sup>22</sup>.

En este espacio de la cocina se dan un juego de realidades erótico-alimentarias presentes y evocadas.

Había sido lugar de citas y escarceos amorosos, en otro tiempo, tanto para Mesía como para Paquito:

“Allí había repartido él besos (Mesía) en muy distintas y apartadas épocas. No había tal vez un rincón de aquella casa libre de semejantes recuerdos para Álvaro. En cuanto a Paquito, no se diga. Su primer amor había sido una criada que tenía su dormitorio en lo que hoy era despensa. Sabía el Marquesito andar por la cocina a oscuras, a gatas, y ya había medido con su agazapado cuerpo las dimensiones de la carbonera provisional que había cerca del fogón”<sup>23</sup>.

En el presente también se desarrollaban juegos eróticos:

“Obdulia había tropezado quinientas veces con el Marquesito; se rozaban los brazos, sus rodillas, las manos, sobre todo, durante minutos, y fingían en no pensar en ello. Un movimiento brusco de la dama, que traía falda corta, recogida y apretada al cuerpo con las cintas del delantal blanco, dejó ver a Paco parte, gran parte de una media escocesa de un gusto nuevo”<sup>24</sup>.

A partir de aquí una serie de ensoñaciones eróticas del Marquesito se deslizan en las páginas siguientes. Como colofón de esta estancia en la cocina se lavan las manos:

“Paco y la viuda se lavaron las manos en una misma jofaina; los dedos se enroscaban en los dedos dentro del agua. Era un placer muy picante, según ella. Esto le recordó mejores días [...] El calor del fogón, las bromas y la faena habían encendido brasas en las mejillas de Obdulia; una oreja le echaba fuego. Estaba excitada, quería algo y no sabía qué. No era cosa de comer de fijo, porque había probado de cien golosinas y hasta algo de la comida del Marqués por chanza”<sup>25</sup>.

De esta cocina en la que los “señoritos” jugaban ya con las criadas ya con las damas salían los almuerzos para los días cotidianos o para las fiestas.

Para Carolyn Korsmeyer comer es, quizá, una actividad con un profundo significado social<sup>26</sup>. La comida, continúa la citada investigadora, es una actividad a la que asignamos un significado que va mucho más allá bebida, y por extensión los valores de aquello que ingerimos, tienen de hecho tanta importancia en la vida que invitan a la indagación filosófica, se refiera uno a la experiencia individual de la comida o a pautas sociales de comportamiento<sup>27</sup>.

Prestemos atención al festín celebrado en la onomástica del Marqués y de su hijo. Todos querían ser invitados, deseaban ser los elegidos:

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 324, I.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 324, I.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 325, I.

<sup>25</sup> *Ibidem*, pp. 326-327, I.

<sup>26</sup> Carolyn Korsmeyer, *El sentido del gusto. Comida, estética y filosofía*, Barcelona, opus cit., p. 17.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 17.

“el bando de los envidiados y el de los envidiosos; el de los convidados a comer , que eran pocos, y el de los no convidados”<sup>28</sup>

Pensaba Bermúdez:

“era de los íntimos de la casa, de los que se quedaban a comer [...] necesitaba hacer lo que los demás , y hasta dar pellizcos a las señoras”<sup>29</sup>

La ira y envidia de Gloucester, el Arcediano, por su exclusión, la angustia del Magistral hasta que comprueba que está en la lista de privilegiados, incluso había rechazado la invitación de otro gran hacendado de la ciudad:

“Don Francisco Páez y su hija suplicaron a don Fermín que comiera con ellos, no tenían a nadie, sería una comida de familia... los tres solos”<sup>30</sup>.

“Sin embargo al negarse a aceptar aquel convite espontáneo y cordial, que en cualquier otra ocasión le hubiera halagado, obedecía a un presentimiento. No sabía por qué se le figuraba que le iban a convidar en casa de Vegallana, última visita que iba a realizar. ¿Por qué le habían de convidar? Además allá comían a la francesa, aunque doña Rufina solía cambiar las horas de comer a las que se le antojaba [...]. Y ¿por qué había de preferir la mesa de los marqueses a la de los Páez, no menos espléndida? Aunque quiso rehuir se la dio como en estallido en los oídos antes que pudiera el preparar una mentira. “Es que la Regenta come a veces con los marqueses, especialmente en días como éste, porque a ella la miran como a una de la familia”<sup>31</sup>.

No había orden en la distribución de los comensales, salvo en la cabecera de la mesa. El Magistral, don Álvaro y Paquito rodeados de mujeres:

“Paco entre Edelmira y Visitación; la Regenta entre Ripamilán y don Álvaro; Obdulia entre el Magistral y Joaquín Orgaz”<sup>32</sup>.

Fermín de Pas, Álvaro Mesía, Obdulia, Visitación, Paquito Vegallana, e incluso el dañino Regente son personajes erotizados que mueven sus hilos en el acto social de la comida.

Los marqueses para sí eran vulgares en sus gustos culinarios; él comenzaba todas sus comidas con varias docenas de sardinas; doña Rufina afrentaba al cocinero rociando sus ensaladas con mostaza y vinagre.

Los invitados eran muy bien atendidos, entremeses variados, ricos y raros, y sopa de tortuga eran algunas de las viandas que se servían.

Traían los alimentos las criaditas Pepa y Rosa:

“vestidas de colorines pero con trajes de buen corte ceñidos, airosas, limpias como armiños, sinuosas al andar de faldas sonoras, risueñas, rubia la una, morena como mulata la que tenía nombre de flor, servían con gracia, rapidez, buen humor y acierto, enseñando a los hombres dientes de perlas , inclinándose con la fuente con coquetona humildad de modo que, según Ripamilán, aquella buena comida presentada así era miel sobre hojuelas”<sup>33</sup>.

La distribución en la mesa permitía que:

“¿Cosa más rara! Estaba tocando el vestido y a veces la rodilla de la Regenta, de la mujer que deseaba - ¿Cuándo se vería él en otra? – y sin embargo se aburría, le parecía estar allí de más, seguro de que aquella comida no le serviría para nada en sus planes y de que la Regenta

<sup>28</sup> Leopoldo Alas Clarín, opus cit. p. 481, I.

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 481, I.

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 475, I.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 475-476, I.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 468, I.

<sup>33</sup> *Ibidem*, pp. 499-500, I.



no era mujer que se alegrase en tales ocasiones, a lo menos por ahora”<sup>34</sup> [ pensaba Mesía].

“ Paco había ido aproximando una rodilla a la falda de la joven; al fin sintió un dureza suave y ya iba a retroceder, pero la prima permaneció tan tranquila que, el primo se dejó aquella pierna arrimada como si se le hubiera olvidado. La inocencia de Edelmira era tan poco espantadiza que Paco hubiera podido propasarse a pisarle un pie sin que ella protestase a no sentirse lastimada. “Además – pensaba la joven – estas son cosas de aquí”; la tradición contaba maravillas de la casa de los tíos”<sup>35</sup>.

Los mismos intentos de acercamiento está buscando Joaquín Orgaz con Obdulia. Sin embargo Saturnino Bermúdez queda abandonado.

A lo largo de la comida sigue Mesía con sus tribulaciones:

“Sería una imprudencia dar un paso más; si yo aprovechase la excitación de la comida me perdería para mucho tiempo en el ánimo de esta señora; estoy seguro de que ella también se siente excitadilla, de que también está pensando en mis rodillas y en mis codos, pero no es tiempo todavía de aprovechar estas ventajas fisiológicas... Esta ocasión no es ocasión... Veremos allá en el Vivero, pero aquí nada, nada; por más que pinche el apetito”<sup>36</sup>.

Se inician, al final de la comida, una serie de juegos que van a continuar después en la visita que por la tarde harán al Vivero, residencia de campo de los marqueses.

En el almuerzo se manifiesta el poder del Marqués, ya por sus riquezas, ya por su influencia social. Todos los grandes de Vetusta quieren ser invitados y participar en él. Es un lugar que la permisiva marquesa ha cargado de erotismo. Sentados ante succulentos manjares, los invitados se rozan, se desean, o simplemente se satisfacen con miradas. En este espacio el asedio a la de Quintanar queda más patente después de la comida descrita en casa de los Vegallana y en las múltiples cenas narradas a lo largo de la novela.

Pasemos a recordar el salón amarillo del palacio, donde la desenvuelta marquesa reunía a sus invitados, tenía una fuerte carga erótica. Decorado con dibujos “verdes” de mal gusto, escasa luz, y mullidos sofás, era el refugio ideal para el inicio de juegos que después se consumirían tras el almuerzo o la cena. Lugar preferido por doña Rufina, allí recibía a amigos y conocidos. La marquesa se decía liberal en la alimentación pero sobre todo en el sexo. Aceptaba todo tipo de juego erótico:

“Llamaba hipócritas a todos los que no dejaban traslucir aficiones eróticas que podían no tener [...] cuando alguno salía garante de una virtud, la Marquesa, sin separarlos de su caricatura, movía la cabeza de un lado a otro, y murmuraba entre dientes postizos, como si rumiase negaciones”<sup>37</sup>.

Sin embargo estaba orgullosa de que: “Sus hijas se habían casado y nadie se las había devuelto quejándose de lesión enormísima”<sup>38</sup>.

Para el resto de las chicas que asistían a las reuniones opinaba doña Rufina: “ Madres tienen, decía, y con su pan se lo coman”<sup>39</sup>.

No obstante le molestaba el comportamiento provocador y lascivo de su hijo. Le decía:

<sup>34</sup> *Ibíd.*, p. 501, I.

<sup>35</sup> *Ibíd.*, p. 502, I.

<sup>36</sup> *Ibíd.*, p. 501, I.

<sup>37</sup> *Ibíd.*, p. 307, I.

<sup>38</sup> *Ibíd.*, p. 310, I.

<sup>39</sup> *Ibíd.*, p. 311, I.

“Es indecente que yo te sorprenda en tus desmanes muchacho...¡No llegas al plato y te quieres comer las tajadas!”<sup>40</sup>.

En este ambiente de laxitud se envolvían los preámbulos de los almuerzos y cenas cuando los Vegallana tenían invitados lo que propiciaba que después de abundantes comidas el deseo creciera entre los comensales invitados, que sólo eran los íntimos de la familia.

Extraigamos unas conclusiones provisionales a la espera de analizar todos los encuentros gastronómicos que se dan en *La Regenta*.

Creemos que en la obra el alimento y su satisfacción son vehículos para la realización erótica.

Clarín diferencia la satisfacción de la necesidad del hambre, comer para sobrevivir, y las dimensiones del deseo alimentario, que contiene una dimensión erótica.

La alimentación es forjadora de belleza y por tanto de deseo. Una alimentación adecuada produce efectos de plenitud y por ello una tendencia al sensualismo. Por el contrario una alimentación deficiente produce efectos que pueden llevar hasta la muerte e inhibe el impulso sexual.

La química culinaria necesita de un artista ya sea el cocinero, Visita u Obdulia.

Las prohibiciones y las normas morales no limitan el goce. Aunque la sociedad del siglo XIX exige el goce sexual en el marco institucionalizado. Los vetustenses pretenden romper ese cerco creándose conflictos como los que vivirá Ana.

Una buena comida produce efectos voluptuosos en términos evidentemente eróticos. Ana va acercándose hasta caer en brazos del Tenorio después de comidas.

La comensalidad apunta a una unión amorosa e instaura una modalidad de lazo social. Hay una confusión momentánea que iguala a las clases sociales y, a veces, borra también otras diferencias como ocurre en la romería.

Pero por el contrario también hay una separación de clases sociales en función de sus posibilidades de alimentación.

Por último entendemos, junto a Pilar González Martínez, que “el disfrute gastronómico y el de la sexualidad, en la sociedad vetustense de finales del siglo XIX, pasa por pertenecer a una clase social privilegiada y dentro de ella, la capacidad de gozar y de crear se distribuye de una forma cuidadosamente jerarquizada”<sup>41</sup>. El deleite conjunto del eros y la alimentación sólo podía ser alcanzados por los estamentos sociales elevados. Se nos muestra una sociedad vetustense, mísera y decrepita, a la que no le importa destruir sus ídolos. La sutilísima ironía de Clarín nos plasma un mundo caduco que alrededor de la mesa muestra sus debilidades, sobre todo las eróticas.

A través de múltiples metáforas, metonimias y una fuerte carga irónica de contenido erótico y alimentario se nos va conformando un cosmos cerrado; la “la muy noble y leal ciudad”<sup>42</sup>, se nos presenta en el primer capítulo haciendo la digestión del cocido y de la olla podrida en una monótona siesta para mostrar más adelante como : “devoraba a su presa, la Vetusta levítica, como el león enjaulado los pedazos ruines de carne que el domador le arrojaba”<sup>43</sup>. Esta provinciana ciudad, ejemplo de mediocridad, acaba engullendo y deglutiendo a la inalcanzable Ana Ozores.

<sup>40</sup> Ibídem, p. 311, I.

<sup>41</sup> Pilar González Martínez, “Prohibición y goce: el objeto-alimento en *La Regenta* de L.A. Clarín” en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 84, octubre 1998, p 153.

<sup>42</sup> Leopoldo Alas Clarín, *La Regenta*, opus cit. P. 93 I.

<sup>43</sup> Ibídem, p. 106 I.

## BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA:

- AA.VV.: *Clarín y "La Regenta" en su tiempo*, Oviedo, Universidad, 1989.
- ALARCOS LLORACH, E.: "Notas a La Regenta" en *Archivum* II, 1952, pp. 141-160.
- : "Notas remozadas sobre La Regenta" en *Argumentos*, VIII, 1984, pp. 63-64.
- ALAS, CLARÍN, L.: *La Regenta*, Madrid, Alianza, 1963 y 1999.
- : *La Regenta*, Barcelona, Planeta, 1963.
- : *La Regenta*, Madrid, Castalia, 1985 y 1990.
- : *La Regenta*, Madrid, Cátedra, 1989.
- : *La Regenta*, Barcelona, Óptima, 1999.
- : *La Regenta*, Madrid, Akal, 1999.
- : *Obra Completa*, Madrid, Espasa-Calpe, 1998.
- BOTREL, J. F.: "Alquimia y erotismo en *La Regenta*" en *Discurso erótico y discurso transgresor en la cultura peninsular, Siglo XI al XX*, pp. 109-127.
- CORRAL CHECA, M. A., CORRAL CHECA, D., COSTA PALACIOS, A., FERNÁNDEZ ARIZA, C. Y MORALEDA GARCÍA, P.: "Costumbres alimentarias en la Literatura Española: hambre y hartazgo" en *Cultura alimentaria de España y América*, Antonio Garrido Compilador, Huesca, La Val de Onsera, 1995, pp. 35 - 94.
- DÍAZ, L.: *La cocina del Barroco. La gastronomía del Siglo de Oro en Lope, Cervantes y Quevedo*, Madrid, Alianza Editorial, 2003, 174 p.
- ESTEBÁN, J. : *Sin comer y beber, no hay placer o refranero de la alimentación*, Madrid, Noticias S.L., 1997, 150 p.
- : *La cocina en Galdós y otras noticias literario-gastronómicas*, Madrid, Ediciones el Museo Universal, 1992, 129 p.
- GONZÁLEZ MARTÍNEZ, P.: "Prohibición y goce: el objeto-alimento en *La Regenta* de L. A. Clarín" en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 84, octubre 1998, pp. 147-154.
- ÍNSULA, *Revista de Letras y Ciencias Humanas*, XXXIX, 451, junio 1984. (Número monográfico, Centenario de *La Regenta*).
- IRANZO, C.: "*La Regenta*" *culturas e idiosincrasias de Clarín*, Valencia, Albatros, 1984
- KORSMEYER, C.: *El sentido del gusto, Comida, estética y filosofía*, Barcelona, Piados, 2002, 309 p.
- LITORAL. *Poesía a la carta. La gastronomía en el Arte y la Literatura*, Málaga, Revista Litoral S.A., 2006.
- PERUCHO, J.: *Estética del gusto*, Huesca, La Val de Onsera, 1998, 305 p.
- MONTI, S.: "Alimentación y metáforas alimentarias en La Lozana andaluza de Francisco Delicado" en *Comer y Cultura. Estudios de Cultura Alimentaria*, Garrido Aranda, A. (ed.), Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 2001, pp. 253-254.
- RUTHERFOD, J.: "*La Regenta*" *y el autor cómplice*, Murcia, Universidad, 1988.
- SHAKESPEARE, W.: *The merchant of Venice*, London, Penguin Books, 1995.
- SIMÓN PALMER, M. C.: *La cocina de palacio (1561 - 1931)*, Madrid, Castalia, 1997, 185 p.
- SOBEJANO, G.: *Clarín en su obra ejemplar*, Madrid, Castalia, 1985 y 1991.
- TINTORÉ, M<sup>a</sup> J.: "*La Regenta*" *de Clarín y la crítica de su tiempo*, Barcelona, Lumen, 1987.

- VÁZQUEZ, L.: *Abecedario gastronómico. Paseo por la literatura y el arte del buen comer*, Universidad del País Vasco, 2002, 213 p.
- VÁZQUEZ MONTALBAN, M.: *La cocina de Carbalho*, Madrid, Alianza, 1989.
- VÁZQUEZ SALLÉS, D.: *Comer con los ojos*, Barcelona, RBA Libros S.A., 2006.
- VILANOVA, A. Ed.: *Actas del Simposio Internacional celebrado en Oviedo*, Oviedo, Universidad, 1984.
- : *Actas del Simposio Internacional sobre Clarín y su obra en el centenario de "La Regenta" (1884- 1985)*, Barcelona, PPU, 1985.
- : *Nueva lectura de "La Regenta" de Clarín*, Barcelona, Anagrama, 2001.
- ZAMORA JUÁREZ, A.: *El doble silencio del eunuco: poéticas sexuales de la novela realista según Clarín*, Editorial Fundamento, 1999.

## ABSTRACT

En *La Regenta* el deleite conjunto del eros y la alimentación sólo podía ser alcanzado por los estamentos sociales elevados. Clarín nos muestra una sociedad vetustense, mísera y decrepita, a la que no le importaba destruir sus ídolos. Con sutilísima ironía se nos plasma un mundo caduco que alrededor de la mesa muestra sus debilidades, sobre todo las eróticas.

## PALABRAS CLAVES

Regenta - Clarín - Gastronomía - Alimentación